

Y soñar cual dizque sueñan  
 Los que tan solo atesoran  
 De las riquezas del alma  
 Las inestimables joyas ;  
 Y con esto deliraba  
 Al venir de California,  
 Cruzando mares de nieve  
 Y trepando por las rocas . . . .  
 Pero es el caso que llego,  
 Que la lluvia me aprisiona,  
 Y me trasladan á un cuarto,  
 En una region ignota,  
 Tan vecino de las nubes  
 Y en posicion tan exótica,  
 Que estoy esperando un globo,  
 Una cuerda, una maroma,  
 Para volver á la tierra  
 A tratar con las personas.  
 Por aquí nada sabemos  
 De las mundanales cosas,  
 Ni si los republicanos  
 Triunfaron ó los demócratas ;  
 De si Bismark está bueno  
 O si murió de la gota ;  
 De si vive el Santo Padre  
 O Víctor Manuel le llora . . . .  
 Por aquí cantan pericos  
 Y andan negras como monas ;  
 Hay chimeneas á puños,  
 Hollin, humo y tablas rotas,  
 Que explican de los incendios  
 Las furias devoradoras ;  
 Pero nada de *Post-Office*,  
 Ni de correos-palomas,

Ni de tubos como en Lóndres,  
 Ni de trompetas de goma . . . .  
 Por esta causa, al acaso,  
 Te dirijo mis memorias ;  
 Porque estoy en otro mundo,  
 Porque estoy como en la gloria.  
 Recibe, pues, mis saludos  
 Tierna, afable, cariñosa,  
 Como en México lo hiciste,  
 Cuando á tu vista, señora,  
 Mi patria tendió sus lagos,  
 Brotaron sus campos rosas,  
 Para contemplar tu rostro  
 Y ofrecerte sus coronas.

FIDEL.

Lo primero que me preocupa cuando se trata de una visita ó cosa semejante, es la revista de mi equipo y, cosa rara, mi cuerpo tiene una semejanza perfecta con los cuerpos del ejército de mi país ; gasta sumas fabulosas en su equipo y arreos, y apenas se exige de él cualquier servicio formal, carece de todo y descubre poridades no para escuchadas. A la más leve medicina, descubre, como las viejas, una complicacion de enfermedades que espanta al médico . . . .

Pues como iba yo diciendo, pasaba revista á mi equipo.

Mi camisa estaba como sentada en una silla, con la corbata lista y los brazos cruzados con extraña circunspeccion.

Mis pantalones sobre una silla y con sus piernas medio encogidas, los botines como si fueran á dar su paseo por su cuenta y riesgo, la levita ceremoniosa y echada hácia adelante en el perchero, y el desgoznado sombrero ladeado, picaresco, sobre la bombilla del quinqué . . . . cuando previo un



recio toque se entró en mi cuarto M. Trick, y no hubo remedio, fuimos á dar un paseo.

En el conjunto de la ciudad se observa que convalece de un mal que ha puesto en peligro su vida, y que la reaparición de la existencia se verifica entre los estragos de la pasada lucha con la muerte.

Se me figuraba ver un campo con troncos de árbol desnudos de sus hojas, y otros rajados por el rayo, que sin descuajarse la nieve del riguroso invierno, deja ver naciente la verde sementera y como en promesa la abundante cosecha.

Así, en las calles en que el esfuerzo verifica agradables resurrecciones, se ve el edificio desmantelado con las puertas y ventanas sin hojas ni cubiertas, con las vigas en que deberían descansar los suelos, como un costillar, y con las paredes con los rastros negros, fantásticos, que ha dejado la llama que expiró sobre aquellos muros, retorciéndose sin alimento.

Se alza una morada voluptuosa como una bailarina de Canova, junto á una ruina, y en el campo contiguo en que crece la yerba, se perciben restos de una opulenta mansion, y pastan los animales con la tranquilidad que en un desierto.

A dos pasos corre una calle magnífica entre los árboles, con todo el bullicio y la alegría de un tráfico fecundo.

Al recorrer la calle del Canal por la frontera del barrio frances, yo sospechaba toda la postracion y decadencia de ese barrio.

Con excepcion de la avenida de la Levé, es decir, la orilla del rio y las tiendas y mercados de ese rumbo, las bocacalles parecian conducir á encrucijadas y vericuetos maltratados.

Como algunos elegantes de aparato, que hacen alarde de compostura y hasta de riqueza, cuando están en contacto con gente fina, y al alejarse del centro se calan su sombrero ancho, se cantean su jorongo y se confunden con la *pelusa*, como ellos suelen llamar al populacho.

La avenida de la Levé da idea del poderoso tráfico de esa ciudad riquísima.

Las calles son series de opulentos almacenes en las cercanías del canal; pero á medida que avanzan, es el barrilaje, y son los fardos, las churlas y botijas, las botas de grasas y las salazones y pescados, oscuridad en que naufraga un pico de gas, luz de día que muere pálida, entre cajones, pipotes y carnazas, y hombres de cachuchas de pico sesgado, grandes pipas, camisas bambochas, pantalones abajo de los cuadriles y chancletas como hechas de la piel de un sapo despatarrado.

Wagones, ómnibus, carros, plataformas, todo lo rodante, todo lo pujante, todo lo que va y viene, y se vierte, se escurre, se carga ó se rueda, pasa por aquel esófago que absorbe en el rio y sus cercanías, y se desahoga en la calle del Canal.

La avenida de que hablamos, tiene á la derecha casas; á la izquierda, los almacenes descritos, con las puertas bajo un corrido tejado y su banqueta de asfalto eternamente obstruida por tercios, cargadores, vendedores y mujeres destartaladas y elásticas, que ya se embuten, ya se escurren y ya flotan con canastos, pollos y verduras entre el gentío.

La calle, angosta en su principio, con tiendas de modas, almacenes de ropa, sombrererías, zapaterías, etc., se abre y deja ver el rio, con esa ciudad flotante en donde las aguas



son calles, los navíos palacios movedizos, los botes como wagones, y que entre un bosque de mástiles y banderas de todas las naciones del globo, hierve, se afana y trabaja, como compendiándose, la humanidad entera, como para dar una muestra de la confraternidad de los mundos antiguo y moderno.

En esa desviacion de la calle, y siguiendo la curva del rio magnífico, que tiene cerca de una legua de anchura en algunos puntos, se extiende un envigado fuerte y compacto de más de cincuenta varas de extension: en varias partes, aquella calzada de madera está amplia y despejada por la parte que da á tierra, y penetran á ella transeuntes, carros y carruajes; del lado del rio toca á las embarcaciones, que á veces llegan á mil ó mil quinientas, y que dejan sospechar el aturdidor, el estupendo movimiento de aquel puerto.

Nueva-Orleans es el emporio del comercio de algodón en el mundo, y además del algodón, exporta azúcar, tabaco, harina, carne de cerdo y algunas insignificantes manufacturas, todo por valor de 93.715,710 pesos.

Las importaciones de café, azúcar, sal, fierro, tejidos y licores, llegaron en 1874, que fueron los datos más recientes que pude procurarme del momento, á 14.533,864 pesos.

Es decir, más de ciento ocho millones de pesos dan aliento y aseguran la vida y la opulencia de Orleans.

En ese lado del rio, en contacto con el buque, se afianzan las ramblas para la carga y descarga, se inspecciona, se pesa, se mide, se contrata y tienen sus divisiones los muelles, que perciben los comerciantes con tino certero.

Todos los trages, todos los idiomas, todos los gestos, todos

los aciertos y los disparates de la conformacion humana, se encuentran en aquellos lugares; venciendo á la máquina del bote, y á la locomotora, y á la tempestad, la algazara del negro que parece que se va á desgajar en canal, al estallido de sus desvergüenzas y de sus carcajadas.

Siguiendo la frontera de la calle del Canal, nos espía la calle Chartres, la de Royal con mayor compostura, con sus frecuentes *bar-rooms*, los morillos de las barberías pintados con listas blancas, azules y encarnadas, los escaparates de las floristas y los grandes cristales en que librerías, dulcerías, y *restaurants*, exponen, ya los primores literarios, ya las golosinas más provocativas, ya jamones suculentos, con su azúcar quemada como maque, ya pavos ceremoniosos, como cualquier enviado diplomático, con su cogollo de lechuga en el pico, y su polvo de yema de huevo tendido á su espalda, como un manto de oro.

En lontananza, bajo sombríos tejados, se ven charcos y hundiciones, suciedad y destruccion, en medio de casas elegantes, de templos magníficos y bellísimos jardines. Lo que para mí era insoportable, era ese cañío al descubierto que corre pegado á las banquetas, de uno y otro lado de las calles. En el barrio frances, esas fajas inmundas son pestilentes y asquerosas sobre toda ponderacion.

Yendo por toda la calle de la Levé, en difícilísimo tránsito, me llevó mi amigo al centro de un extenso cuadrado limitado por altas rejas de fierro, encerrando un bonito jardín con sus calles bien compartidas y delineadas, de menuda arena, y sus árboles formando afectada simetría. Con los ramajes de esos árboles se han formado como toneles, como canastos y otras figuras, recortándolos con tan exquisito



cuidado, que más parecen muebles que árboles los que constituyen el ornato de la plaza.

Yo no sé por qué me parece una degradacion de la naturaleza semejante afectacion; se me figuran esos árboles los sopranos de la vegetacion; creo que se les condena á un afeite; como cuando se atusa á un caballo las crines; cuando se rapa medio cuerpo de un perrillo; cuando se ciega á un pato para hacer más sabrosa la carne. Detesto la moda, abomino ese afeminamiento del arbolado, me repugna, me endiablaba.

Bajo tales auspicios ví esa plaza, que está como embutida en el cuadrado que forman mercado y almacenes, la Levé y la antigua Catedral: para que fuese ménos grata mi impresion, la estatua de Jackson, que domina la plaza, dista mucho de merecer los parabienes del arte.

Conoció mi querido Trik mi disgusto y me colocó frente á la Catedral, cuyo tipo, netamente español, cuya semejanza con muchas de nuestras iglesias de segundo orden, despertaba mis recuerdos alentando mi curiosidad.

La arquitectura de la Catedral es irregular; se semeja á la fachada de la Piedad ó Atzacapotzalco, pero más ancha y chaparra: tiene dos torres como dos orejas de liebre; en medio un retablo ó campanario, como varias de nuestras iglesias de pueblo; á los lados de la Catedral hay dos alas de edificios con cierto tipo conventual.

—Este edificio, me decía M. Trik, que tenía en las uñas la Guía de Orleans y la magnífica historia de la Luisiana de Mr. Gayllaré, este edificio es el tercero que se edifica en este lugar: el primero era de madera y adobe, tosco y primitivo puede decirse; se concluyó en 1728, y era tan feo,

que cuando el huracan de 1733 lo destruyó, la gente se consolaba de muchas pérdidas con la desaparicion de aquel Cuasimodo de la arquitectura.

Armada de punta en blanco, apareció en el mismo lugar la segunda Catedral, más elegante, más coqueta, de madera y ladrillo, é hizo las reverencias de su estreno por los años de 1734 ó de 1735.

Luego que los señores obispos vieron el buen continente de esa Catedral, la ocuparon y cobró alto rango. Pero cate vd. que en 1788, Viérnes Santo por más señas, estalla en las inmediaciones de la Catedral el incendio, se levantan devoradoras olas de llama, la poblacion se llena de terror, como novecientas casas se hundan en aquel piélago de destruccion, y confunde sus restos la Catedral, y vuela en cenizas como las opulentas casas y las risueñas residencias víctimas del incendio.

El terreno en que estuvo la iglesia quedó abandonado; los cristianos que habian orado en aquel templo, se descubrian frente al manchon negro que formaba la tierra, con las cenizas de los altares y los huesos calcinados de los sepulcros.

Por aquellos tiempos era regidor perpétuo de Orleans el Sr. D. Andrés Almonaster, quien, escuchando las sugestiones de su corazon piadoso, emprendió, costeando de su peculio, la Catedral existente que se fundó en 1792 y se concluyó en 1794.

Las alas del edificio, que mucho tiempo ocuparon los Padres de San Luis, como se ve de su arquitectura, las rejas de sus puertas y la conformacion en general, sirven hoy para el despacho de los tribunales.



La arquitectura irregular de la iglesia desaparece luego que se entra al templo.

Se encuentra uno en un vestíbulo interior de altas y gruesas columnas, y desde él se percibe en su conjunto el templo, que se semeja un tanto á la Profesa de México, aunque le es inferior bajo muchos aspectos.

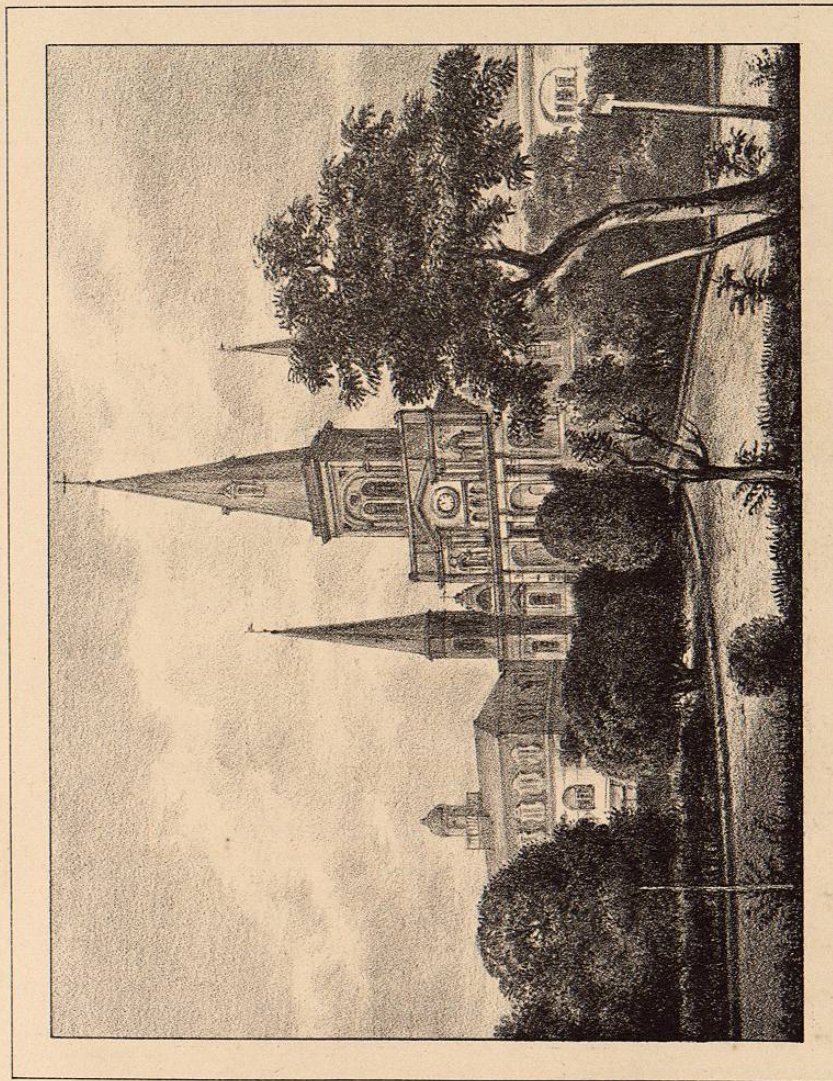
Tiene el templo tres amplias naves: la central, del todo descubierta, y en las laterales esos tapancos ó corredores con bancas y sillas comunes á los templos de los Estados-Unidos, y que le dan aspecto de teatro. Sobre la puerta de la entrada, en extenso cuadrado, en un barandal volado sobre la iglesia, están el órgano, que es magnífico, lugar para la orquesta y espacio competente para el coro y los cantores.

Dos grandes altares llamaron desde luego mi atención: el mayor, dedicado á Nuestra Señora de Lourdes; el de San Francisco de Asis, cuya imagen me pareció hermosa y de correcto dibujo.

Cerca del altar de San Francisco se levanta severo y majestuoso el sepulcro del ilustre fundador de la Catedral, y se lee en una gran lápida la siguiente inscripcion medio borrada:

*Aquí reposa el cadáver del Sr. D. Andrés Almonaster de Rojas, natural de Mayrena, en Andalucía, que falleció en Nueva-Orleans el dia 26 de Abril de 1798, á los setenta y cuatro años de su edad. Fué caballero de la Orden de Carlos III, Coronel de Milicias, fundador de los Hospitales de San Carlos y San Lázaro, así como del Convento de Ursulinas. Fundó la escuela de niñas Girlls Shool y de la Presbiteriana, cuyos edificios se hicieron en esta ciudad á sus expensas.—*  
R. I. P.

## VIAJE DE FIDEL.



LIT. MARTE, MEXICO.

Catedral Francesa y Plaza de Jackson.  
N. ORLEANS.